

Ginebra, 18 de septiembre de 1977.

Querido amigo:

Nada he sabido de Vd. desde nuestra última entrevista en abril. ¿Cómo va el volumen? ¿y su crítica de la crítica? De todo ello me gustaría tener noticias.

Mañana parto a Madrid por unos días. Luego me quedaré unos diez días en Córdoba, ciudad de filósofos, con el predilecto amigo Epicuro, a fin de procurar afinar lo que tengo escrito sobre él. Por fin, hacia la segunda semana del mes próximo, pasaré unos días en Barcelona. Le doy un itinerario por si

se diera la coincidencia de que tam-
bién Ud. anduviera por esas fechas
en España. En Madrid, alojarse
en el Hotel Nuria. En Córdoba,
esperar en el Maimónides. En
Barcelona aún no lo sé, pero tal
vez pueda yo llamar a su herma-
na para ver si ha dejado Ud.
algun recado para mí, si ^{es que} no lo ha
recibido antes.

Quisiera decirle que nues-
tra última conversación filosófica
me dejó algo deprimido, al con-
probar que se acentúa en Ud.
la tendencia — yo la esperaba
transitoria — a prescindir de la
persona humana. Me habló Ud.
de que en su próximo libro
sustituiría Ud. esta expresión
por "miembro de una comunidad".
¡Pero esto no significa lo mismo

que aquello! Es muy bobo, por cierto, su inclinación a estrechar las leyes del hombre con el mundo animal. Y la comparto. Pero creo que adoptaría la perspectiva opuesta: se trata de personalizar al animal, a la planta, inclusive. Es lo que hace el poeta. Es San Francisco.

Bueno, me quedé con ello atargantado. Pero sentí la necesidad de decírselo, junto con pedirle que me considere Ud. una persona, antes que sólo como un miembro de una comunidad. ¿No son, de otra parte, todas las comunidades reuniones de personas?

Un abrazo cordial — y mis buenos recuerdos a Priscilla

23.9.77

W. V. Chávez